
NACION, IDENTIDAD Y PARADOJA: UNA PERSPECTIVA RELACIONAL PARA EL ESTUDIO DEL NACIONALISMO

Juan García García
Universidad Complutense

«The West is not in the West. It is a project, not a place.»

(E. Glissant, *Caribbean Discourse*.)

«Look around you: don't we all have one foot in the air? We all look as though we are traveling. No one has a definite sphere of existence; no one has proper habits; there are no rules for anything; there is no home base; everything passes, leaving no trace either outside or within us. In our homes we are like visitors, among our families we are live strangers, in our cities we are like nomads (...).»

(P. Ia. Chaadaev.)

Mirado desde la perspectiva de este final de siglo, el nacionalismo pareciera ser uno de los «ismos» con mayor capacidad de supervivencia. Esta podría derivarse de su enorme funcionalidad en estrategias de tipo político, pero no menos de su capacidad para responder a diversas cuestiones que guardan relación con la «identidad» del hombre moderno. Se dice a menudo que el nacionalismo es políticamente interesado, pero no siempre es fácil dar cuenta de la receptividad de las masas al mensaje nacionalista, o explicar la supervivencia del sentimiento nacional.

¿Cuáles son las causas (modernas) para la identificación nacional? La com-

plejidad de la pregunta imposibilita zanjar el problema con respuestas simples. Aquí me gustaría intentar una aproximación al tema cambiando la tendencia que habitualmente se tiene a acentuar la similitud de «identidad nacional» y «cultura homogénea y unitaria». Lo que intentaré sostener es que la «identidad nacional» —cualquier identidad nacional— podría ser resultado del surgimiento de nuevas (o renovadas) lealtades que la recurrencia del «viaje moderno» posibilita.

Sobre la base de esta mutua interrelación de «identidad nacional» y «viaje moderno» intentaré enfocar —ayudado por teorías psicosociológicas y la teoría de la identidad social de H. Tajfel— el aparentemente paradójico marco europeo actual, en el cual tensiones a la supranacionalidad y al nacionalismo separatista conviven con sorprendente contemporaneidad.

1. LAS PARADOJAS DE LA IDENTIDAD NACIONAL

La época que surge tras la Revolución Francesa de 1789 generaliza —como P. Sahlins nos recuerda— la idea de frontera política delimitada con precisión para separar los diferentes Estados-nación occidentales. El momento coincide con la mayor disposición al viaje que los nuevos medios de comunicación posibilitan¹. De este modo, las nuevas fronteras se habrían de convertir —paradójicamente al mismo tiempo— en «barreras» y «sitios de paso». Utilizo este símil pues, como intentaré explicar, resume bien la perspectiva que aquí emplearé para enfocar el estudio de las identidades nacionales.

Para desgranar la metáfora me gustaría clarificar qué entiendo por «identidad colectiva». Admito la osadía. El término es complejo dentro de las mismas ciencias sociales. Pero su ambigüedad puede resultar funcional para el no menos ambiguo concepto de nación². Ambos conceptos coinciden —además— en que la difícil tarea de clarificarlos académicamente es coetánea con la tendencia del discurso de la calle a asumirlos como obvios, cuando no a esencializarlos. Por otra parte, me intentaré ceñir a los estudios sobre naciones y nacionalismos. Esto es, mi interés se centrará en el concepto de «identidad nacional».

Ha sido E. Gellner (1983; 1987) uno de los primeros estudiosos del tema

¹ En palabras de J. A. de Zulueta (1988: 90): «(...) Con el siglo XVIII se inicia la pasión viajera, que va acompañada del conocimiento de la Naturaleza (...). A su descubrimiento contribuyeron escritores, naturalistas, geógrafos y también políticos. Es preciso conocer la Naturaleza, y la incipiente geología, la más desarrollada botánica, la geografía... coinciden en este momento. Pero también, paralelamente, la Naturaleza es fuente de recursos, se inserta en un espacio que es preciso dominar: es objetivo político y militar, y de ahí mapas más precisos y detallados.»

² En ocasiones, ambas ambigüedades se encuentran en feliz abrazo en el mismo campo de estudio del nacionalismo. Véase R. Emerson (1960). Otras aproximaciones al nacionalismo desde el concepto de «identidad» se pueden encontrar en A. Pérez-Agote (1984); F. Mercadé (1986; 1989); H. Kelman (1983); S. Ramírez (1990).

que ha conseguido desautorizar la «leyenda negra»³ que «naciones» y «nacionalismos» han tenido para las propias ciencias sociales durante buena parte de este siglo XX. En su esquema explicativo, el objeto de estudio pierde su naturaleza de pervivencia irracional —asumida por gran parte de la comunidad de científicos— o aquella otra de ideología inventada por intelectuales decimonónicos⁴, para convertirse en una creencia funcional a la modernidad misma. Es también —de aquí mi interés en recoger aquí su propuesta— un autor que acostumbra a manejar el concepto de «identidad nacional».

De acuerdo con Gellner, los nacionalistas se equivocan al evocarse ancestrales, pero aciertan al suponerse homogéneos. De hecho, es el Estado moderno el único capaz de afrontar el coste de proporcionar un lenguaje común y una enseñanza generalizada para una población que antes o después ha de adaptarse a las demandas de la sociedad industrial⁵. Esto es, según Gellner, el nacionalismo: la coincidencia de poder estatal y cultura homogénea y estándar.

¿Qué es, pues, «identidad nacional»? Para Gellner, es la autoconsciencia de sabernos pertenecientes a esta cultura en la que hemos sido adiestrados y que marca nuestras posibilidades de ser profesionalmente empleados y tratados como dignos ciudadanos. La identidad nacional sería, por consiguiente, resultado directo del proceso de homogeneización estatal.

Otros enfoques analíticos de las ciencias sociales —por ejemplo, la teoría de la modernización— comparten con el enfoque de Gellner parte de las premisas mencionadas al asumir que las modernas naciones se construyen desde un centro político estatal a través de un proceso de «asimilación» cultural e institucional impuesto sobre grupos marginales y regiones periféricas⁶.

Ferrocarril, homogeneidad cultural y educación generalizada serían medidas necesarias para la pretendida «asimilación». En cualquier caso, también para estos autores la «identidad nacional» es el fruto de la homogeneización cultural. Sólo es posible la nueva «religión política» —la nueva «identidad nacional»— una vez abandonada la anterior. No se puede tener dos «identidades» —según los teóricos de la modernización— como no se pueden llevar dos sombreros al mismo tiempo. Es necesario quitarse uno para ponerse el otro.

Frente a este concepto de «identidad nacional» quisiera contraponer aquí otra definición de «identidad» que tiene sus raíces en el campo de la psicología social.

Sociólogos en la tradición de G. H. Mead y el interaccionismo simbólico hablan de «identidad» en cuanto que proceso de identificación y formación de la personalidad individual «en relación a otros individuos». Según ellos, un rasgo característico del ser humano es su habilidad para percibir su propia con-

³ Véase E. A. Tiryakian (1989: 153-156).

⁴ Véase E. Kedourie (1960).

⁵ Gellner (1983: 40-46) habla del «juego de las sillas musicales» o de la importancia de la sustituibilidad de los roles. No sólo la historia de las naciones es puesta boca abajo. El mismo Durkheim está boca abajo en los libros de Gellner.

⁶ Véanse K. Deutsch (1953); R. Bendix (1964).

ducta desde el punto de vista de «los otros». En esto consistiría el proceso de comunicación humana: un juego especular por el cual no sólo respondo a la reacción de mi interlocutor, sino a mi propia reacción, viéndome a mí mismo desde el punto de vista del otro.

Este sería —para la tradición de Mead— el origen de la propia identidad: un individuo establece su identidad a través de series de acciones significativas, esto es, de carácter simbólico, o a través del lenguaje. La autoimagen o identidad —y esto sería aquí lo importante— es resultado del proceso de contactar o comunicar con otros. No hay identidad, por tanto, si no hay «un otro».

Es esta concepción de identidad como juego de espejos la que aquí me interesa. La relación con el otro proyecta mi propia identidad. Como apunta C. Peña-Marín (1986: 55), «el hombre está enteramente y siempre en una frontera; mirando al interior de sí mira a los ojos de otro o a través de los ojos de otro». Toda experiencia interior es siempre experiencia fronteriza. Ahora bien, Mead (y Peña-Marín) están refiriéndose tan sólo a la formación de la «identidad individual», mientras que aquí estamos interesados en «identidades grupales», más concretamente «identidades nacionales». Puede ser de provecho, por tanto, detenerse un instante en la teoría de la identidad social de Tajfel.

Y es que Henri Tajfel no sólo se refiere a las relaciones intergrupales, sino que para él los grupos implicados en la construcción identitaria carecen (como han carecido frecuentemente las relaciones internacionales) del lenguaje común a partir del cual —según Mead— se llegaba al consenso intersubjetivo del «Otro generalizado». Si la identidad individual —en versión meadiana— se construye a partir del reconocimiento del otro, la identidad grupal —según Habermas (1981: 29)— no requeriría de consensos intergrupales. No obstante, como ha afirmado B. Tejerina (1992: 35), «aunque para la existencia de un grupo es suficiente que se produzca el reconocimiento mutuo de sus miembros, en general todo grupo guarda relación con la existencia de otros grupos. Hablar de la constitución de un “nosotros” no tiene sentido si no es en relación a la existencia de otros grupos, de los “otros”. En el transfondo de un “nosotros” se sitúa siempre el establecimiento de sus límites, de sus fronteras, de las líneas divisorias que demarcan el interior y el exterior del grupo, el “nosotros” y los “otros”»⁷.

Para Tajfel, la identidad de un grupo procede de la comparación —y la diferenciación— con los grupos circundantes. Dicho de otra forma, las características de un grupo en conjunto (tales como su estatus, su riqueza o pobreza, su color de piel o su habilidad para alcanzar sus metas) adquieren significado para el propio grupo sólo en relación a percibidas diferencias con otros grupos y a las connotaciones de valor de tales diferencias. Aquí, de nuevo, la identidad no es lo que somos —como Gellner sugería—, sino resultado de un proceso relacional por el cual nos percibimos diferentes de los grupos que nos rodean —dialéctica especular.

⁷ Véase también —en esta misma línea— el planteamiento de A. Pérez-Agote (1984: 34-37).

Recientes investigaciones en el campo del nacionalismo han utilizado parecida concepción relacional de las identidades nacionales. P. Sahlins (1989) nos explica cómo no fue necesaria la consecución de un proceso de *nation-building* —ferrocarril, homogeneización cultural, educación generalizada— para la generación de un sentimiento de ciudadanía francesa o española a ambos lados de la frontera del valle de Cerdeña. Tampoco fue necesaria la liquidación de una cultura autóctona que compartían, además, las dos mitades del valle. La proximidad de «un otro» más allá de la frontera (moderna) posibilitó la aparición de «identidad nacional» mucho antes —nos dice Sahlins— que la sociedad local fuera «asimilada» por un centro dominante⁸.

D. A. Segal y R. Handler (1992) postulan que la época de las naciones surge a partir de un proceso de relativización de la propia cultura, proceso que únicamente pudo comenzar con los grandes viajes de la modernidad. Desde la época de Colón —afirman los autores—, la percepción y representación de la especificidad cultural —«identidad nacional»— no depende de la objetivación de la cultura, sino de su relativización a través de un viaje⁹ que implicaba —según ellos— prácticas coloniales. Si la «identidad nacional» requiere la exclusión que sólo el recurrente viaje colonial posibilita, el nacionalismo —concluyen los autores— no surge en Europa, sino que es puro resultado del viaje.

Igualmente, para L. Colley (1992), «viajar» —esta vez con belicosas intenciones— es una vía para la generación de identidad. Las guerras —afirma la

⁸ El análisis de fronteras como definidoras de identidad nacional es tratado por D. A. Chappell (1993). A. Giddens (1985: 49-53) afirma que un factor clave para distinguir Estados premodernos de sus formas modernas es que los primeros tienen *frontiers*, mientras los últimos tienen *borders*. *Frontiers* son vagas, áreas disputadas. *Borders* son precisas e identificables. La amenaza a un Estado moderno es normalmente identificada como proveniente del otro lado de la frontera. (No obstante, P. Sahlins afirma que el paso de *frontiers* a *borders* no se produjo —como a menudo se ha dicho— de forma drástica.) En ocasiones, la obsesión que las identidades nacionales tienen con los grupos del otro lado de las fronteras ha llevado, desde perspectivas aparentemente científicas, a invocar una curiosa interpretación del principio del determinismo geográfico, según la cual es la frontera la causante de la formación de un supuesto «carácter nacional». P. ej., véanse, para el caso americano, F. J. Turner (1983); R. A. Billington (1974). Véase una mirada más distanciada, desde perspectiva fenomenológica, en R. Slotkin (1992); M. Bassin (1993).

⁹ No obstante, desde mi punto de vista, no conviene intelectualizar excesivamente el encuentro a partir de la idea de que el viaje conlleva la relativización de la propia cultura. Si así fuera, sería fácil sobrevalorar la importancia que el propio viaje tuvo en el surgimiento de la modernidad. En esta dirección, Livingstone (1990: 364) afirmaba que la revolución científica del siglo XVII dependía fundamentalmente de los «viajes de descubrimiento». Es fácil, sin embargo, sospechar con D. Gregory (1994: 17) que «(...) those early geographies just as often confirmed or reinforced the compulsions of tradition. Whatever force it may have had in other directions, geography —like other forms of knowledge in the sixteenth and seventeenth centuries— was also deeply implicated in magic and myth, cosmography shaded indiscriminately into astrology, and the shores of empirical science were still distant, blurred». Pero es que, además, en línea con el objetivo de este trabajo —el estudio de las nuevas comunidades imaginadas—, es importante subrayar que el viaje no siempre resultaba ser un encuentro entre diferentes culturas, como ejemplifica el estudio de Sahlins sobre la aparición de «identidad nacional» en el valle de Cerdeña, citado más arriba.

autora— pueden generar identidad¹⁰. Un sentimiento de pertenencia británica fue posible a raíz de las sucesivas guerras que galeses, escoceses e ingleses —todos juntos— emprendieron contra un enemigo común: el francés. Tampoco aquí el consenso cultural en casa es necesario: sólo lo es la indiscutible frontera que marca la lógica de las armas. De nuevo la identidad es definida por oposición, no por su homogeneización cultural.

A partir de los ejemplos arriba citados, lo que quisiera sugerir aquí es que la «identidad nacional» —como *identidad generalizada* y de relevante importancia para muchos hombres y mujeres de los siglos XIX y XX— bien pudiera ser la resultante de un juego de espejos factible tan sólo por la recurrencia del viaje moderno¹¹. La era del viaje masivo —fuera éste comercial, bélico, imperialista o turístico— se inicia al tiempo que los Estados delimitan fronteras precisas. Los nuevos contactos —sólo posibles «de manera generalizada» a partir del uso de los medios de comunicación de la Revolución Industrial— generan las nuevas (o renovadas) identidades —autocumplidas proféticamente por la precisión de las nuevas fronteras—. Si así fuera, el camino que lleva a la frontera moderna es el que trae de vuelta la «identidad nacional».

Dicho de otra forma: *la «identidad nacional» —como identidad central a la vida moderna— podría ser resultado de una situación —imaginaria pero cotidiana— de sociedades fronterizas que los medios de comunicación de la modernidad posibilitan*¹². O, utilizando de nuevo la metáfora del viaje, consecuencia de

¹⁰ Una aproximación psicosocial a la relación guerra-identidad nacional desde el campo de estudio de las Relaciones Internacionales se puede encontrar en W. Bloom (1990). Un intento reciente de analizar la relación simbólica de «nación» y «guerra», en U. Hedetoft (1990).

¹¹ La expresión «recurrencia del viaje» se asemeja con la idea de «replicabilidad del ejercicio de imaginación» que B. Anderson (1991: 35, 185) parece sugerir en su libro *Imagined Communities*. Mientras A. Smith (1976: 51) acentúa la idea de «memoria histórica» («el nacionalismo puede describirse como el mito de la renovación histórica»), Anderson enfatiza la idea de la replicabilidad: las «comunidades imaginadas» —naciones— no dependen de su capacidad de renovar mitos premodernos, sino de sus posibilidades de repetir el ejercicio de «imaginarse» a través de la tecnología moderna. [Para una reciente discusión de ambas perspectivas, véase R. Paine (1992: 51-60).] Desde mi punto de vista, si Smith (1976; 1993) recupera el concepto de «identidad» en el salto de la «premodernidad» a la «modernidad», Anderson nos recuerda que la «modernidad», como generadora de nuevos espacios imaginados a partir de la interacción conciencia-tecnología, es capaz de provocar el nacimiento de nuevas identidades. Así, el análisis de Anderson ayuda a entender el papel que nuevos ritos (como el ceremonial des-sacralizado de la lectura cotidiana de la prensa) pueden jugar en la misma expansión de la «razón instrumental» moderna. Si los antropólogos acostumbra a concebir la «comunidad» como reelaboración de anteriores (premodernas) estructuras de significado —como hace, por ejemplo, A. P. Cohen (1985)—, Anderson habla de «comunidad» como consecuencia no querida de lo que es en sí la propia lógica de la modernización (interacción conciencia-tecnología).

¹² La definición de «nación» implícita en este ensayo es más bien de tipo político. «Tener fronteras» e «iniciar viajes» —comerciales, bélicos, imperialistas o turísticos— no estuvo en ningún momento disponible para la mayoría de las etnias premodernas. Lo que no quiere decir, como A. Smith (1991; 1993) nos recuerda, que los símbolos étnicos premodernos no pudieran ser campo abonado para dar el salto a la modernidad, reivindicando fronteras (y aspirando a viajes). Sin embargo, aquí he optado —implícitamente— por una definición más artificial de

situar «a la deriva» las relaciones significativas que definen «dónde estamos» y, sobre todo, «quiénes somos»¹³.

2. EL LENGUAJE DE LAS NUEVAS IDENTIDADES ESPACIALES

Pero si estas nuevas «comunidades imaginadas»¹⁴, estas recién llegadas «identidades nacionales», pudieron anteceder a la «asimilación» cultural que —antes o después— el nuevo mundo industrial requiere, ¿cómo explicar el poder de convocatoria de la nación? Ya he apuntado una posible respuesta: el viaje moderno, fuera imaginado (astronomía, planimetría, fotografía e imprenta) o real (comerciar, guerrear, visitar o evangelizar), nos ponía en cotidiano contacto con «un otro distante», del que nos separaba la indiscutible —y en muchas ocasiones amenazadora— presencia de una frontera política delimitada con precisión. El acontecimiento fundamental de la era moderna es la conquista del mundo como retrato, afirmaba Heidegger (1977: 115-154). Esta mundialización de los espacios posibilita el surgimiento de nuevas «comunidades imaginadas» porque —entre otras cosas— también hace plausible la reiterada presencia de nuevos y lejanos peligros.

Quisiera ahora referirme al lenguaje de las naciones (banderas, himnos, ritos, tumbas, cenotafios...). Esto me proporciona un segundo argumento para tratar de separar la idea de «homogeneidad cultural» de esa otra de «identidad nacional». Y contrarrestar la de «asimilación» —proceso necesario en último término para encarar las demandas de una sociedad industrial— con la de «comunidad imaginada».

En el terreno de la psicología social, la teoría de la atribución causal se ocupa de dar cuenta de la manera en que los individuos dan explicaciones de la acción social en la vida cotidiana. Aunque este tema parezca lejano al análisis del nacionalismo, nos puede ayudar a enfocar problemas planteados ya hace tiempo en este campo de estudio. Ahí está, por ejemplo, la tipología de

nación, al hacerla «directamente dependiente» de «fronteras» y «viajes». ¿Por qué? Asumo que el proceso siempre convulsivo de la «modernidad» abrió nuevos espacios (geográficos), generó nuevos encuentros (intergrupales) y, así, posibilitó nuevas identidades. La edad del nacionalismo creo que tiene algo que ver con esa interacción de «conciencia» y «tecnología» que se generaliza en Europa en el siglo XIX: la «nueva gramática» de la que B. Anderson (1991) hablara —a base de navegación, astronomía, planimetría, fotografía e imprenta— o el proceso de «mundialización de los espacios» al que aludo en este trabajo. Pero es importante igualmente señalar la presencia que «un otro» imaginado genera en la vida cotidiana del hombre moderno y, así, en la constitución —dialéctica— de su propia identidad. Por eso he preferido utilizar aquí la metáfora del «viaje moderno».

¹³ Como Van den Abbeele (1992: XV) subraya, el «viaje» es indudablemente una de las «instituciones» más estimadas por nuestra civilización: «(...) the dearest notions of the West nearly all appeal to the motif of the voyage: progress, the quest for knowledge, freedom as freedom to move, self-awareness as an Odyssean enterprise, salvation as a destination to be attained by following a prescribed pathway (typically straight and narrow) (...)».

¹⁴ Empleo aquí, como el lector sabe, la terminología de B. Anderson (1991).

«nación política» y «nación cultural», que ha sido frecuentemente utilizada en estudios comparativos sobre nacionalismos europeos. La primera ha sido ejemplificada con la Revolución Francesa: «A los hombres que hicieron la Revolución Francesa (...) —nos recuerda E. Kamenka (1976: 10)— la nación se presentaba como una categoría política práctica mejor que como una categoría metafísica. Una nación para ellos era una unidad político-administrativa, un agregado de individuos capaces de participar en una vida política común. (...) Como mantiene E. J. Sieyès en 1789, una nación (...) es una nación de individuos gobernada por una misma ley y representada por una misma asamblea legislativa. El concepto básico de la Revolución Francesa no era el de francés, sino el de ciudadano.»

La concepción de la nación cultural da origen a otro tipo de nacionalismo en el que —según A. de Blas (1984: 37)— «será rasgo obligado, además del gusto por la diversidad y el inevitable entusiasmo por lo que es propio de cada pueblo, su base supraindividual. El protagonista de la nación es la etnia, los derechos de la nación no son los que se derivan de los ciudadanos que la integran, sino los que se deducen del organismo “vivo y eterno” que es la nacionalidad de base cultural (...). Alemania va a ser protagonista de este nacionalismo de base cultural de modo similar a como Francia lo es del nacionalismo político». En definitiva, mientras el sujeto de la nación política atribuye la legitimidad de la nación al ciudadano, el sujeto de la nación cultural sólo consideraría legítimo el Estado coincidente con una comunidad cultural de destino histórico. Las diferentes legitimaciones se plasmarían en diferentes modos de atribuir causas últimas a la existencia misma del Estado (real o imaginario).

Sin embargo, tales clasificaciones debieran tener la misma funcionalidad que las tipologías ideales weberianas. Además, pudiera resultar osada la suposición de que el ciudadano tiene siempre en la vida cotidiana un discurso coherente que justifique la existencia misma del Estado-Nación. Es razonable pensar que los actores sociales no atribuyen causalidad al antiséptico modo descrito por algunos teóricos de la atribución¹⁵, como U. Windisch (1990: 94) sostiene: a diferencia de la lógica formal, el pensamiento social en uso, en lo que a causalidad se refiere, no construye un metalenguaje aplicable al nivel de las relaciones sociales. Más bien, la búsqueda de causas es indisociable de la búsqueda de soluciones¹⁶.

De ser esto cierto, la atribución de causalidad más cotidiana en la identificación nacionalista pudiera tener unas «formas» míticas que diesen cuenta de los «contenidos» afectivamente experimentados de la pertenencia a la nación.

¹⁵ Modelos como los de E. E. Jones y K. E. Davis (1965) o H. H. Kelley (1968) parten de una teoría simplificada del procesamiento de la información: los procesos atributivos se explicarían —en interpretación de E. Crespo— por las características estructurales de los estímulos recibidos y por reglas generales de procesamiento de los mismos.

¹⁶ La búsqueda de causas sería —en muchas ocasiones— un juego interindividual. E. Crespo (1982) critica los modelos teóricos que —por la misma naturaleza del diseño experimental— obvian la cuestión de «cuándo» el sujeto atribuye.

O, dicho de otro modo: el contenido afectivo de la pertenencia a la nación bien pudiera determinar las formas discursivas habituales sobre el mismo. Se trataría, por consiguiente, de contar historias más que de explicar cosas. El lenguaje toma la forma de narrativa, de historia, de cuento mítico: «once upon a time things were wonderful...». Así empezaría el cuento —legitimatorio— del paraíso perdido de la nación, dada la habitual retórica que de un pasado ancestral tienen las nuevas «comunidades imaginadas».

Las formas discursivas utilizadas por la nación para recordarse son, a menudo, metáforas. El Estado, al fin y al cabo, es difícil de imaginar: cualquier intento de definición no metafórica divide a progresistas y conservadores, norte y sur, centro y periferia. La nación —cualquier nación— tiene sobreafluencia de símbolos que la representan con la recurrencia de lo que ha llegado a ser una manera cotidiana de imaginar comunidad: «banderas», «himnos», «mitos», «estatuas», «museos», «cenotafios», «tumbas», «caracteres», «hechos diferenciales»... La ambigüedad de tales símbolos contrasta con la indiscutible delimitación de las fronteras. Además, aquel lenguaje metafórico no sólo es necesario por la invocación de la dimensión afectiva de la comunidad, sino porque concede margen suficiente para la negociación de las diferentes «narrativas» de la nación¹⁷, necesario empeño para los nuevos centros de poder político.

Invocar «comunidad» en otros términos no metafóricos, intentar explicar con detenimiento en qué consiste ser español, francés o vasco, describir detalladamente cuál es el significado de una bandera o por qué hemos de celebrar la fiesta nacional es dificultar el sentimiento de pertenencia a la nación y condenarla —a medio plazo— a su fracaso. El «contencioso vasco», el «hecho diferencial catalán» o el «carácter y la esencia española» —pronunciados como metáforas de legitimación en el discurso político— aglutinan tanto más apoyo mientras no se traducen.

Un ejemplo actual —referido a un proceso de construcción de «supranacionalidad»— lo tenemos en la metáfora de «la casa común»¹⁸. Una de las razones por las cuales la metáfora funciona para facilitar las relaciones políticas

¹⁷ Tanto P. Sahlins (1989) como L. Colley (1992), C. Ford (1993) o P. Duara (1993) utilizan la terminología de las «comunidades imaginadas» de B. Anderson (1991) para dar cuenta del concepto —un tanto vacío— de nación, lo que permite una muy dispar interpretación por los subgrupos que la componen. Una concepción parecida —aunque menos modernista— de nación puede encontrarse en W. Connor (1989: 123). Para este autor: «No debe sorprendernos que las etnocracias cubran el espectro que va de la democracia al despotismo. A pesar del sufijo “ismo”, el nacionalismo no es una ideología. Aparte de postular el principio *Gemeinschaft* de que la propia nación es la unidad humana más importante y merecedora de fidelidad sin flaqueza, el término carece notoriamente de contenido. Por generaciones se han acomodado a él monárquicos, republicanos, fascistas, leninistas, maoístas, y lo que sea, a veces simultáneamente (...).» No obstante, los autores arriba citados asumen que, en último término, la nación tiene un componente altamente afectivo. [Para una aproximación a la dimensión afectiva de la «nación», véanse W. McDougall (1920); C. J. H. Hayes (1960); H. Kelman (1983); B. Anderson (1991); K. E. Scheibe (1983); S. Ramírez y J. R. Torregrosa (1990); U. Windisch (1990); E. Morin (1993).]

¹⁸ El ejemplo lo he tomado de P. Chilton y M. Ilyin (1993: 7-11).

entre los diversos países es que deja espacio suficiente para la negociación de específicos significados que a ella se atribuyen. Ingleses y españoles no concibieron la metáfora —«casa común europea»— en los mismos términos, pero los líderes políticos de ambos países la utilizaron. La utilizaron —eso sí— diferencialmente en función de sus propios intereses, y en el marco de sus ya viejas identidades.

Por tanto, la nación —como la supranación— es una construcción simbólica, una comunidad política imaginada —en expresión de B. Anderson (1991)— que permite su instrumentalización diferenciada. Recientes aportaciones al estudio del nacionalismo utilizan esta concepción de la nación como realidad «imaginada» para matizar las explicaciones históricas en términos de «asimilación cultural»¹⁹.

Si los habitantes del valle de Cerdeña se imaginaron a sí mismos franceses o españoles antes del proceso de integración del Estado —a base de ferrocarril y educación obligatoria— fue porque estos habitantes del valle pudieron afirmar su nacionalidad sin abandonar su identidad local: en último término —según nos cuenta Sahlins (1989: 269-276)—, su «identidad nacional» se basaba en la afirmación y defensa de las fronteras sociales y territoriales contra los supuestos abusos de los habitantes del otro lado de la frontera.

Si masas de británicos optaron —durante el período analizado por Colley (1707-1837)— por la lucha contra el enemigo francés fue, en parte, porque no implicó la dejación de sus anteriores lealtades. No podía ser de otra manera pues el localismo se mantuvo como norma en zonas rurales y remotas regiones de Inglaterra, al menos hasta la llegada del ferrocarril, tal y como es descrito por Colley (1992: 371-372). Y es que el patriotismo no fue siempre impuesto desde arriba, sino que también los intereses locales concibieron algún tipo de beneficio en la guerra con Francia (bien fuera la defensa de su identidad religiosa, los beneficios comerciales derivados o el puro miedo al francés).

Igualmente, C. Ford (1993), con su estudio sobre la creación de la nación en Bretaña entre 1890 y 1926, muestra que la aparición de identidad nacional es un proceso de continua negociación tanto como una imposición desde París de valores urbanos. Según la autora, aunque las instituciones religiosas sirvieron como aglutinantes de la resistencia al Estado francés en la periferia, a menudo jugaron también un papel integrador, como pone en evidencia el Movimiento Católico Social —que intentó reconciliar las demandas democráticas de la nación republicana con lealtades religiosas y regionales.

En definitiva, no sólo se llevó el pueblo a la nación, sino también la nación al pueblo, «narrativizando»²⁰ la nación localmente para adecuarla a anteriores identidades, lenguajes o poderes. Aunque en ocasiones varias identidades socia-

¹⁹ Y que ésta es su intencionalidad es específicamente explicitado por los autores a los que aludo: P. Sahlins (1989), L. Colley (1992), C. Ford (1993) o P. Duara (1993).

²⁰ La expresión «narrativas de la nación» ha sido recientemente utilizada por P. Duara (1993: 10-11).

les son socialmente incompatibles —adecuándose en tales casos las identidades al símil de los sombreros—, la nación parece haberse caracterizado por su alta compatibilidad con otras identidades premodernas, modernas y postmodernas²¹. Lo que no debería extrañar dado el alto componente metafórico de buena parte de los discursos sobre la nación.

Tanto desde el propio mundo del nacionalismo como desde la teorización social —Gellner, teoría de la modernización— creo que se ha exagerado la conexión de «identidad nacional» y «cultura unitaria». Lo que he intentado afirmar aquí es que las naciones no necesitan en principio de tal homogeneidad:

— Porque la «identidad nacional» no surge a partir de la toma de conciencia de una supuesta homogeneidad cultural, sino más bien a partir de la cotidiana internacionalización de cualquier centro político (y su periférica ciudadanía potencial) al encarar el embate de una modernización que impone la delimitación de las fronteras y la recurrencia de los viajes transfronterizos.

— Por la común ambigüedad de la «identidad nacional», que se expresa en un lenguaje metafórico —de implicaciones emocionales— para resaltar lo que une, y se sirve de su potencial retórico —para negociar lo que separa—. Todo ello —sin duda— para naturalizar los nuevos centros de poder político que son —como Gellner nos recuerda— los únicos capaces de afrontar los retos de la modernización.

En último término, la realidad más contundente a la imaginación política del hombre contemporáneo es la de la frontera, la división entre el «nosotros» y el «ellos»²².

²¹ Tan sólo se trata de una contradicción aparente. También E. A. Tiryakian (1989) identifica «nacionalismo» y «modernidad», al tiempo que —desde una tácita tipología fenomenológica— afirma que «nación» puede tener múltiples significados para el mismo grupo objetivo de actores: para unos, el premoderno de la permanencia en —o la vuelta a— una sociedad preindustrial; para otros, el vínculo con la globalidad del Estado-nación; para otros, una sociedad postindustrial proyectada hacia el futuro. Véase E. A. Tiryakian y N. Nevitte (1985).

²² G. Jahoda y H. Tajfel (1965) mostraron que las distinciones sobre el «extranjerismo» ya estaban asimiladas a una edad de 6 a 8 años. Aunque en las tres décadas que siguieron a esta publicación se vivieron diferentes ritmos en las tensiones endogrupales y supranacionales, no es descabellada, con nuestra perspectiva de finales de siglo, la afirmación de B. Anderson (1991: 3) de que «the end of the era of nationalism, so long prophesied, is not remotely in sight. Indeed, nation-ness is the most universally legitimate value in the political life of our time». O, como dice A. Pérez-Agote (1989: 177-178): «Una de las formas de dar cuenta de los cambios ocurridos en el mundo moderno desde que se iniciara lo que se ha llamado la “época del nacionalismo” (Kohn, 1949) ha sido precisamente la de anunciar la crisis, la pérdida de importancia e incluso la muerte del nacionalismo, de la Nación o del Estado-Nación.» Sin embargo, dice más adelante, «hoy por hoy la Nación sigue siendo el orden fundamental de la legitimación del poder político, aunque no en todas partes de la misma forma y aunque no sea el único».

3. ¿PARADOJICOS AÑOS NOVENTA?

La década de los noventa nos asombra con dos tendencias aparentemente contradictorias: por una parte, una tendencia acelerada a la mundialización de los espacios, tanto en el sector económico como en el de las telecomunicaciones o el propiamente político; por otro lado, una inesperada reanimación del nacionalismo. Se ha afirmado que ambas fuerzas son pura contradicción, y que la tendencia a la endogrupalidad no es más que el fin del sueño ilustrado del supranacionalismo.

La aparente paradoja no permite, seguramente, explicaciones unicasales. Contextualizando mi línea argumentativa al marco de la Unión Europea, la crisis económica, la específica situación de incertidumbre política tras la caída del muro de Berlín o la deslegitimación parcial de la izquierda europea tras el fin de los regímenes del Este podrían ser factores que repercutieran en esta supuestamente contradictoria situación hacia lo «supra» y lo «endo».

En cualquier caso, para los analistas —y para los mismos ciudadanos—, el hecho de que la dinámica de cambio subyacente en el marco comunitario muestre una tendencia a la integración al mismo tiempo que una tendencia a la desintegración no parece fácil de entender. No hay —eso sí resulta evidente— respuestas únicas para problemas complejos como éste.

Sería posible —por ejemplo— acercarse al problema de la mano de A. Giddens (1985: 4). El autor nos viene a recordar que los Estados-nación sólo existen en relaciones sistemáticas con otros Estados-nación. La coordinación administrativa interna de cualquier Estado-nación depende —desde su origen— de una serie de factores regulados por una determinada situación internacional. Las propias Relaciones Internacionales son contemporáneas de los orígenes de los Estados-nación occidentales.

Este enfoque relacional de la capacidad de coacción (legítima) que pueda tener un Estado-nación permite comprender situaciones como la actual: cambios acelerados en las relaciones internacionales —como puede ser el proceso de convergencia a la supranacionalidad europea— producen inevitables deslegitimaciones de los centros de poder anteriores —Estados-nación—, que dependen para su propia supervivencia de una determinada estabilidad internacional.

Podríamos igualmente aproximarnos al problema a partir de la «teoría de la turbulencia» de R. DiMuccio y J. N. Rosenau (1992: 66). Un «sistema turbulento» —según los autores— es aquel en el cual sus parámetros experimentan un incremento sustancial en el número de actores, en el alcance de la semejanza entre los actores, y en la extensión y fuerza de la interdependencia entre tales actores («complejidad»), mientras —al mismo tiempo— hay un alto grado de variabilidad a través del tiempo en términos de metas y actividades de los citados actores («dinamismo»). Dicho de otra forma: la transición de un mundo industrial a otro «postindustrial» —como evidencia el comienzo de la revolución microelectrónica— posibilita la emergencia de una serie de cuestio-

nes de naturaleza transnacional —temas de medio ambiente, terrorismo, tráfico de drogas, crisis monetarias, etc.—. Tales cuestiones son producto directo de una mayor interdependencia sólo posible por el desarrollo de nuevas tecnologías. La creciente importancia de estos temas de carácter fundamentalmente transnacional conlleva, al mismo tiempo, una reducción de la capacidad del Estado-nación de proveer soluciones satisfactorias para abordar los nuevos problemas.

Como resultado, sistemas globales —Estados, por ejemplo— han sido debilitados, y subsistemas —como pueden ser las naciones periféricas— son al mismo tiempo reforzados (lo que Rosenau llama «subgrupalidad»).

Permitíme que intente aquí otra aproximación que, lejos de sustituir a las anteriores, alumbrá algunas dimensiones nuevas del problema desde una perspectiva psicosociológica; más concretamente, desde un punto de vista que atiende al componente intergrupal de toda identidad grupal.

Como ya señalé, la nación es —también— una realidad simbólica, y puede analizarse en términos psicosociales de «identidad colectiva». La «identidad nacional» —esto sería aquí lo importante— surge en un contexto de nuevas geografías fronterizas donde la cotidiana presencia de otras sociedades —otras «identidades nacionales»— resulta fundamental para su legitimación y, en definitiva, su misma existencia.

Las «identidades nacionales» pudieran tener algo que ver con ese juego —paradójico— de «barrera» y «camino» que es toda frontera moderna²³. De ser esto cierto, toda «identidad nacional» se recrea —metafóricamente— dentro de unas fronteras, pero se construye simbólicamente en juego especular con las identidades vecinas. Por tanto, *las «identidades nacionales» no debieran estudiarse separadamente —postulando tan sólo culturas homogéneas para cada una de ellas— sino como resultantes de las tensiones centrífugas y centrípetas que la mundialización de los espacios —viajes reales o imaginados— viene produciendo desde los inicios de la edad contemporánea.*

Y esto —insisto— no sólo porque —como nos advierten R. DiMuccio y J. N. Rosenau— los viejos Estados-nación no pueden hacerse —hoy— cargo de las nuevas competencias que la generalización y administración del «viaje» contemporáneo requiere, sino porque, desde una perspectiva psicosocial, la construcción simbólica de la «identidad nacional» —de cualquier identidad nacional— se fragua, ya desde los orígenes del mundo industrial, por «comparación» y «diferenciación» de un poder exterior y, en muchos casos, amenazante.

De nuevo recurriré a la literatura reciente sobre el estudio de «naciones» y «nacionalismo». Creo que Linda Colley (1992: 374-375) acierta al explicar el actual renacimiento de viejas lealtades («identidades») en Gran Bretaña —nacionalismo escocés, galés e inglés— como aspecto unido a la plausible dificultad que la continuidad de los símbolos de la «identidad británica» pue-

²³ La metáfora la he tomado prestada de E. Lamo de Espinosa (1991: 69). El la utiliza, en cualquier caso, en un contexto diferente al que aquí acoge su uso.

den tener en la Europa comunitaria. El argumento de Colley es elegante al rescatar la dimensión relacional de la «identidad colectiva». Gran Bretaña —nos recuerda la autora— nunca fue insular: como lugar originario de la Primera Revolución Industrial fue la «nación» más viajera. Sus empresas coloniales, sus enfrentamientos bélicos, sus inquietudes evangelizadoras o sus devaneos turísticos la pusieron en contacto con gran parte de los territorios del planeta.

Su «identidad» —su «insularidad»— era resultado del contacto, y de un contacto ventajoso con los países del entorno —demostrado periódicamente en el campo de batalla—. Por tanto, la anunciada crisis del sentimiento de identidad británico no es tanto resultado de una «casa común» que desmiente la anchura del Canal —el Canal, como vemos, nunca fue ancho—, sino más bien del fin largamente profetizado de la supremacía británica en la Comunidad Europea. (G. Bretaña, como es sabido, sigue manteniendo una actitud recelosa al proceso de convergencia.)

En último término, el juego de «barrera» y «camino» de las fronteras de nuestro mundo contemporáneo no tiene reglas sencillas. Esto es, si las posibilidades de comunicación de la modernidad permiten el contacto cultural transfronterizo, éste puede ser de muy diversa naturaleza. Es difícil valorar éticamente la ideología resultante de ese encuentro —cotidiano— con mundos exteriores que genera «identidad nacional». Intentar una doctrina central de la ideología nacionalista no deja de ser problemático, y afirmar que «el nacionalismo constituye una aplicación razonable de los principios de la Ilustración a las complejidades de las politeyas y de las sociedades modernas» —como hace A. D. Smith (1976: 42)— pudiera ser, cuanto menos, discutible. Más bien considero que, aparte de postular un principio *Gemeinschaft* (comunitario) interno, aparte de delimitar unas lealtades —delimitando, por ello, unas deslealtades—, el nacionalismo —estudiado a nivel genérico— carece notoriamente de contenido²⁴.

²⁴ Como ya he señalado, varios autores reconocen la dificultad de delimitar el contenido del nacionalismo, desconfiando de su pertenencia a la categoría de «ideología». P. ej., W. Connor (1989) o E. A. Tiryakian (1989). Desde una perspectiva menos fenomenológica —y más cercana a modelos de «elección racional»—, J. Breuilly (1982) critica el contenido filonacionalista que A. Smith (1971) adhiere a lo que este último llama «doctrina central del nacionalismo». Igualmente, los trabajos recientes basados en la conceptualización de las «comunidades imaginadas» de Anderson suponen también la vaciedad de la idea de «nación». (Ahora bien, el propio Anderson no parece sacar todas las consecuencias de su marco analítico al afirmar que «nación» y «raza» son contradictorios.) Es interesante, en línea parecida a los autores arriba citados, la distinción que, ya en 1949, G. Ichheiser hiciera entre «ideologías en teoría» e «ideologías en la práctica». Mientras el marxismo fue una «ideología en teoría» («asunciones, interpretaciones y puntos de vista aceptados por un grupo social concreto y que son generalmente sostenidos a nivel teórico o filosófico por tal grupo»), el nacionalismo fue y es —dice Ichheiser— una «ideología en la práctica» («asunciones, interpretaciones y puntos de vista que determinan las acciones y reacciones del grupo cuando éste se enfrenta a determinadas situaciones o empresas»). A diferencia de Anderson, este autor da al nacionalismo un contenido peyorativo, asociándolo con el etnocentrismo (que no es más que un nacionalismo inconsciente, según él), y ejemplificándolo con el truncado universalismo de la clase obrera europea de las dos guerras mundiales. En cual-

Y para no exagerar las virtudes de esta cuasi-ideología, quizás fuera oportuno recordar que, en muchas ocasiones, el viaje colonial —en absoluto falto de componentes racistas— ayudó a la generación en las metrópolis europeas de esas «identidades nacionales», como D. A. Segal y R. Handler (1992) nos recordaran más arriba. O que, como U. Hedetoft (1990), W. Bloom (1990) o L. Colley (1992) nos advierten, no fueron pocas las veces que la identificación nacional resultó de un encuentro con el enemigo en el campo de batalla. Por tanto, aunque las «*identidades nacionales*» son relacionales —responden al principio tajfeliano de «compararse» y «diferenciarse» en un mundo internacionalizado—, no resulta sencillo enmarcar la lógica de la propia comparación. Más bien —en último término— *el enigma de su interpretación reside —en parte— en los recovecos de la historia, el conjunto de «encuentros» y «desencuentros» con los países del entorno que el viaje moderno nos ha legado*²⁵.

Sólo así podríamos entender que el juego simbólico entre la Casa Común europea y el Estado español tenga una dinámica tan diferente a la señalada por Colley para el caso británico. Un Estado —el español— que temió quedar aislado de la modernización social y política de sus vecinos del Norte, y que no participó en ninguna de las dos guerras mundiales, tiene hoy en su «europeísmo» una de sus principales señas de identidad. No sólo es constatable en encuestas de autoadscripción territorial, sino perceptible en términos de discurso social sobre el proceso de convergencia. Durante estos últimos años en que se ha venido anunciando la inminente reconstrucción de las viejas soberanías políticas, acalorados debates en los países de nuestro entorno comunitario apenas se han dejado oír en España: ni el discurso crítico sobre la homogeneización cultural o la pérdida de características diferenciales que la convergencia supuestamente acarrea, ni esos otros sobre la ineludible burocratización desde Bruselas o la Europa de los banqueros, han tenido demasiado eco dentro de nuestras fronteras.

Tanto el caso británico como el español sólo pretenden —en último término— ilustrar la aparente paradoja de que un proceso supranacional hacia fuera —el de la convergencia europea— produce cambios identitarios hacia dentro, bien por la deslegitimación de los símbolos de viejos Estados-nación en el

quier caso, como Anderson o Breuilly, Ichheiser implícita aquí la dificultad de traducir la práctica nacionalista a una serie de postulados ideológicos (G. Ichheiser, 1949: 23-24). (Agradezco al profesor E. Crespo que me facilitara la dicotomía de Ichheiser, que yo desconocía). Otra prueba más de la inaprensibilidad del concepto de «nación» —abordado a nivel genérico— es la diferencial valoración que los estudiosos han hecho del nacionalismo desde un punto de vista cognitivo. Mientras G. Stokes (1993) maneja las aportaciones más esencialistas y filonacionalistas de Anderson para afirmar que la generalización de la imprenta posibilitó el surgimiento de «comunidades imaginadas» («nacionalistas») que dejaban atrás el subdesarrollo cognitivo del mundo preindustrial (basado —según Stokes— en el pensamiento preoperacional o concreto y la concepción mesiánica del tiempo), U. Windisch (1990) postula una serie de estructuras sociocognitivas, relacionando las limitaciones cognitivas del socialismo con los grupos nacionalistas suizos.

²⁵ Recuperamos así —en versión modernista— la dimensión temporal, histórica de la identidad grupal «nación», no suficientemente atendida en la teoría tajfeliana.

nuevo marco europeo (caso británico), o por la autoafirmación de los mismos (caso español). Mientras en el último caso difícilmente se puede afirmar que la convergencia debilite al Estado, sino más bien al contrario (así parece haber sido al menos hasta ahora), en el caso británico pudiera estar conllevando un aumento de los nacionalismos en él contenidos.

Más allá de estos ejemplos, quisiera cerrar esta aproximación psicosocial al estudio del nacionalismo con algunas conclusiones tentativas:

— Dejadas de un lado la ancestral retórica nacionalista y la «leyenda negra» de sus críticos ilustrados, sería posible estudiar la «nación» como si de un «grupo social» más se tratara, eso sí, con sus específicas funciones modernas (Gellner) y sus peculiares maneras de ser imaginado (Anderson).

— Podríamos también —clasificada la «nación» como «grupo social»— analizar las actitudes y sistemas de creencia inherentes a la «situación social intergrupala» (o al contexto internacional) como perspectiva incorporada al estudio del nacionalismo. Mi intención en este artículo ha sido acercarme a tal posibilidad, a partir de una concepción tajfeliana de la «identidad nacional» que pretendía —al mismo tiempo— arrojar alguna luz al aparente contrasentido de la coexistencia finisecular del supranacionalismo y la endogrupalidad.

— Si la «identidad nacional» es resultado de un proceso de «comparación» y «diferenciación» con sociedades fronterizas, los estudios sobre «naciones» o «nacionalismos» no debieran descuidar el marco internacional que da sentido a cualquier identidad. Que la construcción europea —para llegar a buen puerto— ha de tomar en consideración las tendencias al nacionalismo de Estado y/o al nacionalismo separatista (o étnico) parece obvio. No lo es tanto —y a veces escapa al análisis— que para explicar los nacionalismos europeos actuales (de Estado y/o divisivos) hay que tener presente de igual forma el mismo proceso de convergencia europea. Las «identidades nacionales» están —en buena medida— construidas como telarañas de símbolos referidos a un contexto internacional.

— Estudiar el grado de supranacionalismo de una «identidad nacional» —analizar, p. ej., el europeísmo español— es, en gran parte, estudiar su mismo nacionalismo. Pues no hay «identidad» (nacional) hasta que no hay contacto (internacional); y la naturaleza de tal contacto es, asimismo, un importante elemento en la construcción de su identidad.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, B. (1991): *Imagined Communities*, Verso.
- BASSIN, M. (1993): «Turner, Solov'ev, and the "Frontier Hypothesis": the Nationalist Signification of Open Spaces», en *The Journal of Modern History*, vol. 65, núm. 3, septiembre, pp. 473-511.
- BENDIX, R. (1964): *Nation-Building and Citizenship*, New York.
- BILLINGTON, R. A. (1974): *Westward Expansion: A History of the American Frontier*, New York.
- BLAS GUERRERO, A. (1984): *Nacionalismo e Ideologías Políticas Contemporáneas*, Madrid: Espasa-Calpe.
- BREUILLY, J. (1982): *Nationalism and the State*, Manchester.
- CHAPPELL, D. A. (1993): «Ethnogenesis and Frontiers», en *Journal of World History*, vol. 4, núm. 2, invierno, pp. 267-275.
- CHILTON, P., e ILYIN, M. (1993): «Metaphor in political discourse: the case of the "common european house"», en *Discourse and Society*, vol. 4, núm. 1, enero, pp. 7-31.
- COHEN, A. P. (1985): *The symbolic construction of community*, Ellis Horwood Limited.
- COLLEY, L. (1992): *Britons. Forging the Nation 1707-1837*, Yale University Press.
- CONNOR, W. (1989): «Democracia, etnocracia y el estado multinacional moderno: paradojas y tensiones», en A. Pérez-Agote (ed.), *Sociología del nacionalismo*, Vitoria: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 111-130.
- CRESPO, E. (1982): «Los procesos de atribución causal», en *Estudios de Psicología*, núm. 12, pp. 34-45.
- DEUTSCH, K. (1953): *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality*, Cambridge (Mass.).
- DI MUCCIO, R. B. A., y ROSENAU, J. N. (1992): «Turbulence and sovereignty in world politics: explaining the relocation of legitimacy in the 1990s and beyond», en Z. Mlinar (ed.), *Globalization and Territorial Identities*, Ashgate, England, pp. 60-76.
- DUARA, P. (1993): «Provincial Narratives of the Nation: Centralism and Federalism in Republican China», en H. Befu (ed.), *Cultural Nationalism in East Asia. Representation and Identity*, Institute of East Asian Studies, University of California, Berkeley, pp. 9-35.
- EMERSON, R. (1960): *From empire to nation*, Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- FORD, C. (1993): *Creating the Nation in Provincial France*, Princeton University Press.
- GELLNER, E. (1983): *Nations and Nationalism*, Ithaca, N. Y.: Cornell University Press.
- (1987): *Culture, Identity and Politics*, Cambridge University Press.
- GIDDENS, A. (1987): *The Nation-State and Violence*, University of California Press.
- GREGORY, D. (1994): *Geographical imaginations*, Cambridge (Mass.): Blackwell Publishers.
- HABERMAS, J. (1981): *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid: Taurus.
- HAYES, C. J. H. (1960): *Nationalism: A Religion*, New York: McMillan.
- HEDETTOFT, U. (1990): *War and Death as Touchstones of National Identity*, University of Aulborg, Langagerly 2.
- HEIDEGGER, M. (1977): «The age of the world picture», en M. HEIDEGGER, *The question concerning technology, and other essays*, New York: Harper and Row, pp. 115-154.
- ICHHEISER, G. (1949): «Misunderstandings in human relations. A study in false social perception», en *The American Journal of Sociology*, Chicago, pp. 1-70.
- JAHODA, G. y TAJFEL, H. (1965): *New York Herald Tribune*, 4-5 de septiembre.
- JONES, E. E., y DAVIS, K. E. (1965): «From acts to dispositions: the attribution process in person perception», en L. Berkowitz (ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. 2, New York: Academic Press.
- KAMENKA, E. (ed.) (1976): *Nationalism. The nature and evolution of an idea*, Londres: Edward Arnold.
- KELLEY, H. H. (1967): «Attribution theory in social psychology», en D. Levine (ed.), *Nebraska Symposium on Motivation*, vol. 15, Lincoln: University of Nebraska.
- KEDOURIE, E. (1960): *Nationalism*, Londres: Hutchinson.

- KELMAN, H. C. (1983): «Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial», en J. R. TORREGROSA y B. SARABIA, *Perspectivas y contextos de la psicología social*, Barcelona: Editorial Hispano Europea, pp. 241-268.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1991): «¿Enseñar España?», en *Cuenta y Razón*, núms. 56-57, junio-julio, pp. 67-71.
- LIVINGSTONE, D. (1990): *Geography, tradition and the scientific revolution: an interpretative essay*, Transactions, Institute of British Geographers 15, pp. 359-373.
- MCDUGALL, W. (1920): *The Group Mind. A sketch of the principles of collective psychology with some attempt to apply them to the interpretation of national life and character*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MEAD, G. H. (1934): *Mind, self and society*, Chicago: The University of Chicago Press.
- MERCADÉ, F. (1989): «Las identidades colectivas. España y Cataluña», en *REIS*, núm. 48, octubre-diciembre, pp. 155-197.
- MORIN, E. (1993): «El Estado-Nación», en G. DELANNOI y P. TAGUIEFF, *Teorías del nacionalismo*, Barcelona: Paidós, pp. 451-458.
- PAINE, R. (1992): «Time-space scenarios and the Innisian theory. A view from anthropology», en *Time and Society*, vol. 1, núm. 1, enero, pp. 51-63.
- PEÑA-MARÍN, C. (1986): «La identidad en la frontera con los otros», en *Revista de Occidente*, núm. 56, enero, pp. 53-57.
- PÉREZ-AGOTE, A. (1984): *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Madrid: CIS.
- (1989): «Hacia una concepción sociológica de la Nación», en A. Pérez-Agote (ed.), *Sociología del Nacionalismo*, Vitoria: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 177-192.
- RAMÍREZ, S. (1990): *Hacia una psicología social del nacionalismo*, Madrid: Universidad Complutense.
- RAMÍREZ, S., y TORREGROSA, R.: «Identidades nacionales y estados multinacionales: una perspectiva psicosociológica», XII Congreso Mundial de Sociología, sesión *ad hoc* sobre Etnicidad y el Estado Nacional.
- SAHLINS, P. (1989): *Boundaries. The Making of France and Spain in the Pyrenees*, University of California Press.
- SCHEIBE, K. E. (1983): «The psychology of national identity», en T. R. SARBIN y K. E. SCHEIBE, *Studies in social identity*, New York: Praeger Publishers, pp. 121-143.
- SEGAL, D. A., y HANDLER, R. (1992): «How European in Nationalism?», en *Social Analysis*, núm. 32, diciembre, pp. 1-15.
- SMITH, A. (1976): *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona: Ed. Península (edición original de 1971).
- (1992): «Chosen peoples: why ethnic group survive», en *Ethnic and Racial Studies*, vol. 15, núm. 3, julio, pp. 436-452.
- (1993): «Ethnic Election and Cultural Identity», en *Ethnic Groups*, vol. 10, núms. 1-3, pp. 9-25.
- SLOTKIN, R. (1992): *Gunfighter Nation. The Mith of the Frontier in Twentieth-Century America*, New York: McMillan Publishing Company.
- STOKES, G. (1993): «Cognition, Consciousness and Nationalism», en *Ethnic Groups*, vol. 10, núms. 1-3, pp. 27-42.
- TAJFEL, H. (1981): *Human Groups and Social Categories*, Cambridge University Press.
- TEJERINA, B. (1992): *Nacionalismo y lengua*, Madrid: CIS.
- TIRYAKIAN, E. A. (1989): «Nacionalismo, Modernidad y Sociología», en A. Pérez-Agote (ed.), *Sociología del nacionalismo*, Vitoria: Servicio Ed. de la Universidad del P. Vasco, pp. 143-161.
- TIRYAKIAN, E. A., y NEVITTE, N. (1985): «Nationalism and Modernity», en E. A. Tiryakian y R. Rogowski (eds.), *New Nationalism of the Developed West*, pp. 57-86.
- TURNER, J. F. (1893): *The Significance of the Frontier in American History*, New York.
- VAN DEN ABEELE, G. (1992): *Travel as Metaphor. From Montaigne to Rousseau*, University of Minnesota Press.
- WINDISCH, U. (1990): *Speech and reasoning in everyday life*, Cambridge: Cambridge University Press.
- ZULUETA, J. A. (1988): «Vocación viajera y entendimiento del paisaje en la generación del 98», en J. GÓMEZ, N. ORTEGA y otros, *Viajeros y paisajes*, Madrid: Alianza Ed., pp. 89-106.

RESUMEN

El marco europeo de la década de los noventa nos asombra con dos tendencias aparentemente contradictorias: por una parte, una tendencia acelerada a la mundialización de los espacios, tanto en el sector económico como en el de las telecomunicaciones o el propiamente político; por otra, una inesperada reanimación del nacionalismo (de Estado y/o separatista). Aprovecho en este artículo la perplejidad que en la comunidad de científicos produce la actual situación para sugerir una aproximación al tema desde una perspectiva relacional de las identidades colectivas. Tanto ciertas teorías psicosociológicas acerca de las relaciones intergrupales —p. ej., la teoría de la identidad social de H. Tajfel (1981)— como muy recientes aportaciones al estudio histórico de «naciones» y «nacionalismos» —P. Sahlins (1989), L. Colley (1992) o C. Ford (1993)— legitiman una aproximación de esta naturaleza, a la vez que ilustran —a lo largo del artículo— las posibilidades que semejante perspectiva podría tener a la hora de arrojar luz sobre la situación presente.

ABSTRACT

Contemporary Europe in the 90's is increasingly confronted with two apparently contradictory tendencies. On one level, an accelerated tendency towards spacial globalization in the economic sector as well as in telecommunications or politics; on the other, an unexpected revival of nationalism (of State and/or separatist). This paper builds upon the perplexity produced within the scientific community by the current situation in order to suggest an approach to the subject from a relational perspective of collective identities. Certain psycho-sociological theories regarding intergroup relationships —i.e.: the theory of social identity by H. Tajfel (1981)— as well as very recent contributions to historical study of «nations» and «nationalism» —P. Sahlins (1989), L. Colley (1992) or C. Ford (1993)— legitimize such a way of working while illustrating the possibilities that this perspective may shed some light upon the present situation.

NOTAS DE INVESTIGACION